

# Editorial

En la misma medida que el hombre ha tenido acceso a herramientas más competentes para explotar los recursos naturales, ha crecido su posibilidad de medios para subsistir y desarrollarse. Sin embargo, fueron necesarios miles de años para que los efectos de su acción sobre el equilibrio natural se revelasen, de manera tan trascendente. En el pasado siglo el desarrollo económico y social fue vertiginoso en todos los órdenes y paralelamente la degradación ambiental creció exponencialmente. En la segunda mitad de ese período, se incrementó notablemente la explotación de las riquezas naturales más importantes de África, Asia y América Latina y los países menos adelantados y poseedores de esos bienes, fueron sometidos a tecnologías de todo tipo, importadas desde países con condiciones climáticas, económicas y sociales diferentes y para el beneficio foráneo.

En las postrimerías del siglo XX “los pulmones del planeta” se resintieron significativamente. La Tala indiscriminada de los bosques y la consecuente disminución del área boscosa fue seguida del vertiginoso y lucrativo agro negocio, en cultivos de alta demanda como la Soya y otros granos. En el impulso febril, que recibieron y están recibiendo los granos, actúan como gradientes, que lo genera y desarrolla en irracionales dimensiones, la producción de alimentos balanceados para la alimentación ganadera, que se dispara cuando en Europa surge la llamada “enfermedad de las vacas locas”, lo cual obligó a efectuar cambios en las fuentes empleadas tradicionalmente para esos fines, en esos países. Se suma a lo anterior, que hoy aparecen los biocombustibles, donde los granos entran a jugar un papel fundamental. Esta forma de contrarrestar las cada vez más escasas reservas de combustibles fósiles y por constituir ésta una “fuente renovable” sin “los efectos nocivos” del petróleo para el medio ambiente, constituye un arma de doble filo, de consecuencias negativas incalculables para la alimentación humana y para el medio ambiente.

En Brasil y otros países de la región del Amazonas, principal pulmón del planeta, se están extendiendo las plantaciones de granos hacia donde antes hubo un exuberante bosque tropical. ¿Que está pasando como consecuencia del desbroce de estos bosques formado por una abundante vegetación y vigorosos árboles, reflejo de una inmensa fertilidad natural? Si bien es cierto que los suelos que soportan los bosques de esta región tienen todos los caracteres que indican una extraordinaria potencia productiva, cuando se rompe la armonía existente y se exponen a la explotación agrícola, aquella fortaleza, que antes mostraban, se desvanece casi de inmediato. En muy poco tiempo muestran, en toda su extensión, cuán frágil son estos ecosistemas. Los suelos bajo ese clima tropical, son susceptibles a degradarse en muy poco tiempo, ante el rigor y la demanda de la agricultura industrial. De inmediato ocurre, que el lecho de siembra se compacta como consecuencia, entre otras causas, de la pérdida de la materia orgánica que el bosque proporcionó durante miles de años.

A lo anterior, se añade el ataque de los químicos que requieren las nuevas plantaciones, las cuales demandan de fertilizantes para suplir la nutrición del cultivo y de plaguicidas, ante un vertiginoso desarrollo de plagas que se genera al romperse el equilibrio natural. Además, se suma a todo ello la necesidad de aplicación de enormes cantidades de carbonato de calcio para contrarrestar la irreversible acidez de éstos suelos. Cada año los empresarios deben incrementar sus gastos para obtener cosechas, pero eso no es limitante porque el precio del producto sube en la medida en que la demanda va en aumento creciente y con ello las ganancias se incrementan. De todas maneras, la degradación medioambiental es tan rápida, que los productores se ven obligados a abandonar rápidamente las áreas cultivadas y continúan en su devastador avance hacia el bosque virgen. En la actualidad más de 165 000 kilómetros cuadrados de tierras deforestadas para la agricultura, yacen abandonadas y en proceso de desertificación a lo cual se suma que existen poderosos intereses, que pretenden reducir el área actual de la amazonía, en un 50%.

Ya las alarmas de los ambientalistas empezaron a preocupar a muchos, más allá de visionarios y ecologistas. El tema referido a la degradación medioambiental, el calentamiento global, la desaparición de las especies y el uso indiscriminado de los productos transgénicos en la agricultura, que ponen en peligro la biodiversidad, son motivo de reuniones a todos los niveles, en todo el mundo. Lamentablemente, las acciones son pocas.

En Cuba, país pequeño poblado de bosques hasta el encuentro de los dos mundos a finales del siglo XV, los intereses madereros primero y el fomento de las plantaciones, fundamentalmente de caña de azúcar, después, han dejado su indeleble huella. A partir del año 1959, en un extraordinario esfuerzo por revertir la situación, se han dado importantes pasos en la recuperación de los bosques y en un corto período de tiempo ya se muestran sus frutos, al pasar de una cobertura boscosa del 13,4%, al 24,54% del territorio nacional cubierto de bosques, en el año 2006. Desde ese entonces el gobierno cubano desarrolla un conjunto de acciones, debidamente organizadas, en las vertientes fundamentales del sector forestal, que conforman todo un programa tendente a balancear la explotación agropecuaria y forestal, sobre bases sostenibles.

La revista Agricultura Orgánica presenta a sus lectores, en apretada síntesis, una información sobre el **presente, avances y perspectivas de sector forestal en Cuba**, al coincidir esta publicación con la celebración en La Habana, del 16 al 20 de abril próximo, del “IV Congreso Forestal Nacional”.

Ricardo Delgado Díaz  
Vicepresidente ACTAF